

PRAISE OF A «FAILURE»
THE SYMBOLIC
DIMENSION OF THE
CONECTAR IGUALDAD
PROGRAM

Elogio de un «fracaso»
La dimensión simbólica
del Programa Conectar Igualdad

Sebastián Benítez Larghi

sebastianbenitezlarghi@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0002-2646-0035>

RECIBIDO 05 | 06 | 2016

ACEPTADO 08 | 10 | 2016

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
Universidad Nacional de La Plata
Argentina

Resumen

Palabras clave

Programa Conectar Igualdad
dimensión simbólica
signo
símbolo

El presente artículo explora un aspecto poco investigado del Programa Conectar Igualdad (PCI): su dimensión simbólica. Así se repasa la contribución de esta política pública no solo a la inclusión digital sino también a la igualdad simbólica estudiando para ello su incidencia en la economía del valor de cambio y, más aún, en la del valor de signo y del valor de símbolo. Las reflexiones se basan en una investigación de carácter cualitativo llevada adelante en seis escuelas —beneficiarias y no beneficiarias del PCI— en el Gran La Plata entre los años 2014 y 2015.

Abstract

Keywords

Conectar Igualdad Program
symbolic dimension
sign
symbol

This article explores a little researched aspect of the Conectar Igualdad Program (PCI): its symbolic dimension. So it's reviewed the contribution of this public politics not only to digital inclusion but also to symbolic equality by studying its impact on the economy of exchange value and, even more so, on the value of sign and the value of symbol. The reflections are based on a qualitative research carried out in six schools —beneficiaries and non-beneficiaries of the PCI— in Gran La Plata between 2014 and 2015.

Elogio de un «fracaso»

La dimensión simbólica del Programa Conectar Igualdad

Por **Sebastián Benítez Larghi**

En la última década, la mayoría de los Gobiernos latinoamericanos han realizado esfuerzos destinados a mejorar el acceso a las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) por parte de la población de sus países desarrollando diversas políticas y programas con una variedad de formatos. Entre aquellos que se han puesto en marcha en los últimos años se destacan los programas de entrega de computadoras personales que siguen el modelo 1 a 1 (una computadora por alumno/a), generalmente implementados a través del sistema educativo. En la medida en que ha significado una ambiciosa inversión por parte de los Estados al tiempo que ha despertado fuertes expectativas, este tipo de modelos está siendo profusamente evaluado y se encuentra permanentemente en el centro del debate público y académico.

Tal es el caso del Programa Conectar Igualdad (PCI) de la Argentina, que lleva entregadas casi cinco millones de netbooks a estudiantes, docentes y directivos de la escuela secundaria de gestión pública en todo el país. Dada la envergadura de este programa, mucho se ha estudiado y se ha escrito respecto de sus alcances y logros, despertando la pasión de fanáticos defensores y enceguecidos detractores. Mientras los primeros destacan la universalidad y potencialidad de la política, los segundos proponen desestimar sus logros. A cinco años de implementado el PCI, es común encontrarse con notas y entrevistas periodísticas encargadas de resaltar las supuestas falencias

del programa y ocultar sus aspectos positivos. Según la visión de sus críticos, el PCI no estaría cumpliendo sus promesas de transformación educativa y, lejos de cambiar algo en la escuela, la llegada de las netbooks habría pasado sin pena ni gloria por la institución escolar. En síntesis, el Programa Conectar Igualdad —al igual que otros modelos similares de Latinoamérica— serían un rotundo fracaso.¹

Ahora bien, sin adentrarse aquí en la evaluación del cumplimiento o incumplimiento del objetivo pedagógico del PCI —cuestión que demandaría un extenso análisis del complejo entramado de causas y factores que estarían operando en el devenir del programa en la vida escolar; análisis al que los críticos más acérrimos parecen no querer aportar—, el presente artículo pondrá el foco en una cara del PCI que permanece invisibilizada, inclusive por quienes se proponen embanderar su defensa. Nos referimos a los alcances del programa en términos de inclusión digital —reconocidos por propios y extraños, claro está—, pero deteniéndonos en una dimensión poco atendida: la simbólica.

Para ello, se presentan aquí algunos hallazgos surgidos de una investigación² tendiente a reconstruir los sentidos que los artefactos, plataformas y aplicaciones adquieren en la vida cotidiana de los jóvenes en el marco de implementación del PCI en La Plata y Gran La Plata (provincia de Buenos Aires).

A lo largo del artículo, el recorrido será el siguiente. En la sección 1 se plantea la estrategia teórica-metodológica adoptada durante la investigación. En la sección 2 se indaga la incidencia del PCI en la economía del valor de cambio reconstruyendo sus impactos en términos de acceso a las TIC. Para ello se recurre a datos cuantitativos, tanto propios como de estadísticas oficiales. En la sección 3, el análisis se vuelca de lleno en la dimensión simbólica del PCI al ubicar a esta política dentro de la batalla cultural por el valor de signo y el valor de símbolo de las TIC. Aquí se destaca la importancia de la metodología cualitativa para captar e interpretar los sentidos que estas tecnologías adquieren en la vida cotidiana. Finalmente, en las conclusiones se propone una perspectiva de evaluación de las políticas públicas de inclusión digital alternativa a los modelos dominantes de evaluación de corte positivista.

Perspectiva teórico-metodológica

La investigación se inscribe en un enfoque cualitativo y en una perspectiva socioantropológica que estudia el vínculo entre la tecnología y la sociedad desde la experiencia y el contexto socioeconómico específico en el que se inscriben las TIC (Winocur, 2009; por citar uno de los trabajos en el contexto latinoamericano).

Las TIC son entendidas entonces como artefactos culturales (Hine, 2004) que condensan una multiplicidad de valores y códigos desde su mismo diseño, pero que, simultáneamente, posibilitan un rango —amplio aunque no infinito— de interpretación por parte de los usuarios. Por lo tanto, los modos en que se desarrolle dicho proceso serán heterogéneos y diferenciales, según la particular manera en que se interpreten y reinterpreten las TIC de forma tal que se conviertan en significativos en relación con los propios objetivos y necesidades (Benítez Larghi, 2010). En el mismo sentido, compartimos la idea de De Nora (2000), quien señala que los usos estratégicos dados a ciertos artefactos culturales habilitan («afford») a los actores modos de hacer, ser y sentir, es decir, les posibilitan incursionar en ciertos cursos de acción y no en otros.

La investigación cuyos resultados parciales se presentan aquí tiene como objetivo comparar las experiencias de apropiación de estudiantes secundarios de clases populares, clases medias y clases medias-altas en La Plata y Gran La Plata en el contexto de implementación del PCI. Para llevar adelante este objetivo, el trabajo de campo se desarrolló en seis escuelas de nivel secundario, seleccionadas de manera intencional, cubriendo establecimientos tanto de gestión pública —beneficiarios del PCI— como de gestión privada —no beneficiarios del PCI— con poblaciones de cada una de las clases sociales.

La metodología se fue llevando adelante por etapas. En una primera instancia (durante el año 2014) se implementó un cuestionario entre estudiantes de las escuelas seleccionadas tendiente a obtener datos respecto de condiciones y trayectorias de acceso a las TIC, habilidades percibidas y prácticas principales desarrolladas con la computadora, los teléfonos celulares e Internet. En una segunda etapa (llevada adelante durante 2015), en base a los resultados de la encuesta se establecieron los patrones más recurrentes de cada institución para luego seleccionar aquellos casos que más se ajustaban a dichos patrones y realizar historias de vida.

La universalización del acceso frente al imperio del valor de cambio

Durante varios años, la cuestión del acceso a las Tecnologías de la Información y la Comunicación estuvo librada al arbitrio del mercado. Así, la difusión de las TIC fue siguiendo el derrotero de cualquier otra mercancía, siendo el valor de cambio el regulador de su distribución.

Sin embargo, con el comienzo del siglo XXI, en América Latina empieza a gestarse un cambio sustantivo respecto de los procesos de regulación social vigentes durante las últimas décadas del siglo pasado. De la mano de Gobiernos posneoliberales (cuyas variantes y matices divergen de acuerdo con el contexto y la trayectoria histórica de cada país), el patrón de regulación de la producción, circulación y distribución del acceso a las TIC se ve alterado mediante la activa participación de los Estados. En este contexto se inscribe el Programa Conectar Igualdad, basado en la modalidad 1 a 1 (una computadora por cada alumno y docente) de incorporación de la computadora en la educación.

Las estadísticas disponibles demuestran que el acceso a la computadora se ha acrecentado gracias a la existencia del PCI y programas similares. Según la Encuesta Nacional sobre Acceso y Uso de Tecnologías de la Información (ENTIC), realizada en el tercer trimestre de 2011 por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), a fines de 2011 el 52,8% de los hogares del país tenía al menos un equipo (INDEC, 2013). Un número significativamente mayor al registrado tan sólo un año antes en ocasión del Censo Nacional, realizado antes de la iniciación del reparto de netbooks, cuando ese porcentaje era del 46,9% (INDEC, 2012). Asimismo, de acuerdo con la ENTIC, la presencia de computadoras en hogares con adolescentes en edad escolar es marcadamente superior a la media nacional y más aun respecto de aquellos hogares sin miembros de entre doce y diecisiete años: 64 contra 52%, 8% y 49,10%, respectivamente (INDEC, 2013: 7-8). Por su parte, el informe del Barómetro de la deuda social de la infancia elaborado por la UCA registra un fuerte descenso en la falta de computadoras en los hogares argentinos en los años posteriores al lanzamiento del PCI: «Efectivamente, entre 2010 y 2012 se produjo un fuerte descenso del déficit, que alcanzó los 13,6 p.p. al pasar de 53% a 39,3%» (ODSI, 2013: 93). Más específicamente, la evaluación realizada por el propio Ministerio de Educación de la Nación consigna que en el primer año de implementación la netbook ha sido la primera computadora en el hogar para el 29% de los estudiantes beneficiarios de PCI (Ministerio de Educación, 2012).

Tal como surge de distintos estudios y estadísticas oficiales (INDEC, 2013; SINCA, 2014), la presencia hogareña de las TIC ha ido aumentando en los últimos años alcanzando a aquellos hogares de menor nivel socioeconómico. Acorde con estos datos de la encuesta realizada durante nuestra investigación, surge que más del 80% de los hogares, sin importar el nivel socioeconómico, cuenta con al menos una computadora y un teléfono celular. Ahora bien, dentro de este panorama general cabe remarcar la fuerte incidencia del PCI en el paquete tecnológico de los hogares de clases populares: las netbooks entregadas por el Estado suplen y compensan la menor presencia de computadoras de escritorio y notebooks en estos hogares. Si comparamos las escuelas públicas de clases populares, clases medias y clases medias-altas respecto de las escuelas privadas de esas mismas clases sociales, la presencia de computadoras portátiles es superior en las primeras (83%, 87% y 96% versus 75%, 71% y 90%, respectivamente).

Además, los datos de nuestra investigación demuestran que el PCI ha garantizado el acceso a la computadora propia para muchos chicos que antes debían compartir la PC de escritorio con otros familiares. De esta manera, también se ha facilitado y promovido el primer acercamiento a la computadora para muchos padres y madres de clases populares.

En síntesis, el PCI ha incidido fuertemente en la transformación del ecosistema tecnológico, tanto en las escuelas como en los hogares. Al posibilitar el acceso a hardware, software y contenidos de manera gratuita, generó una ruptura en la lógica mercantil hasta aquí imperante en la distribución de las TIC. Sin embargo, como veremos a continuación, sus alcances trascienden el espectro del valor de cambio.

Distinción e igualdad: las *netbooks* en la lucha entre el valor de signo y el valor de símbolo

Las críticas al PCI reconocen que el objetivo de inclusión digital sí se estaría cumpliendo, pero rápidamente cambian el foco como si este fuera un objetivo menor. Sus cañones apuntan a que el objetivo pedagógico no se habría cumplido: los chicos no llevan las netbooks a la escuela y los docentes no las incorporan en sus clases. Se trata de una cuestión que merece un complejo análisis que excede los propósitos de este artículo. Someramente, vale la pena aclarar que estas dificultades se observan en diversos

programas basados en modelos 1 a 1 de la Argentina y la región (como por ejemplo los implementados en el nivel primario: el Plan S@rmiento BA de CABA, el Plan Joaquín V. González de La Rioja, y Todos los chicos en la red de San Luis, o el Plan Ceibal de Uruguay).

De este modo, el fracaso del PCI se estaría manifestando en el tipo de uso que los beneficiarios le estarían dando a las netbooks: lejos de estudiar y aprender, los adolescentes usarían las netbooks exclusivamente para entrar a redes sociales y jugar. De este modo, se cuestiona la efectividad del PCI en tanto política de transferencia condicionada (al igual que se hizo con la Asignación Universal por Hijo): se supone que si el Estado entrega algo debe condicionar el para qué lo da. Según esta lógica, se pone el grito en el cielo, ya que el potencial educativo de las TIC se estaría escurriendo por la «canaleta del Facebook y el Counter». Este cuestionamiento del «para qué» intenta poner en tela de juicio la capacidad de los actores, especialmente los de las clases populares, para consumir el valor de uso de las TIC «como debe ser».

Sin embargo, más allá de compartir el blanco de las críticas con políticas como la AUH o el PROG.R.ES.AR., hay algo en el TIC que parece irritar de manera particular. A nuestro juicio, lo que irrita es que el Estado distribuya gratuitamente bienes con alto valor de cambio en el mercado, pero que además resulta socialmente muy significativo. De allí que muchas veces parece juzgárselo como «superficial», suponiendo, por lo tanto, que los pobres no lo necesitarían, al menos no en primer lugar. Se trata de un argumento «miserabilista» hartamente conocido: «los pobres antes necesitan comer, que haya un banco donde sentarse, que no se les caiga el techo encima», y reflexiones por el estilo. Ahora, es justamente sobre el consumo de los bienes «superficiales» donde se asientan los procesos de distinción y enclasmamiento en sociedades estratificadas como la nuestra. Quizás entonces lo que irrita del PCI es que se otorgan de manera gratuita aquellos bienes que, gracias a su alto costo, podían ser utilizados como signos de distinción por las clases dominantes.

Ya desde los años ochenta, cuando se consolidó el mercado de computadoras hogareñas, y desde mediados de la década del noventa, con la explosión de Internet, las TIC se convirtieron en mercancías con un alto valor de signo: su posesión y acceso son signo de una actitud individual emprendedora, actualizada y conectada, capaz de adaptarse a los ritmos que marca el capitalismo flexible. Por aquellos años —y aún lo siguen haciendo—, las publicidades de las grandes corporaciones tecnológicas escenificaban una sociedad en proceso de fragmentación depositando en la iniciativa

y los patrones de consumo individuales la capacidad de legitimar la —desigual— asignación de posiciones sociales. Ya decíamos hace más de una década:

lo que se adora de Internet no es la conectividad en sí, sino lo que esta representa; es decir, en Internet se encarna la figura de todo un cuerpo social altamente polarizado, que ya no diferencia entre ricos y pobres sino entre incluidos y marginados. De esta forma, lo que Internet significa (y por eso fascina) es la sensación de pertenecer a un círculo, a un mundo cada vez más exclusivo (Benítez Larghi, 2004: 104).

En este contexto dominado por el mercado irrumpe el PCI como política de carácter universalista e igualitario. Por primera vez, la política estatal alcanza a los sectores populares y a sus juventudes mediante el derecho al acceso a algo socialmente significativo, y lo hace a todos por igual, independientemente de la clase social y la región geográfica. No resulta sorprendente que los chicos y sus familias destaquen y se sientan orgullosos por el hecho de que el Estado los tiene en cuenta, al llegarles no con un bien básico (un colchón, una bolsa de alimento, etcétera), sino justamente con bienes sobre los cuales hay depositada una enorme carga de orden simbólico porque en torno a ellos se juega buena parte de los procesos de inclusión/exclusión. Por eso, al evaluar este tipo de políticas hay que prestar especial atención a la dimensión simbólica. Es decir, no concentrarse únicamente en el valor de uso de las TIC, sino también en su valor de signo y su valor de símbolo, porque allí reside uno de los mayores «impactos» del PCI.

Tal como se ha encargado de señalar Jean Baudrillard (1997), las mercancías poseen, además de un valor de uso asociado a su utilidad y un valor de cambio asociado al precio de intercambio en el mercado, un valor de signo y un valor de símbolo. El valor de signo refiere a un conjunto de connotaciones diferenciales y reificadas en el objeto y, por lo tanto, su lógica es propia de una lógica de la diferencia y del estatus. Es decir, gracias a esas connotaciones, las mercancías operan como signos de distinción de quienes las ostentan. Para ello, el valor de signo está indisolublemente ligado al valor de cambio. En consecuencia, cuando un bien no es objeto de intercambio mercantil, no es plausible de ser codificado como signo. Así, mientras se mantuvo el reinado absoluto del mercado sobre la circulación de las TIC, estas operaron naturalmente como signos de distinción y exclusión. Ahora bien, a partir de la distribución gratuita de netbooks

por parte del Estado, el imperio del valor de signo se ve resquebrajado: el PCI funciona bajo la lógica del valor de símbolo y no bajo la del valor de cambio.

La materia de cambio simbólica, los objetos dados, no son autonomizables ni por lo tanto codificables como signos. Puesto que no dependen del intercambio económico, no son susceptibles de una sistematización en términos de mercancía y de valor de cambio (Baudrillard, 1997: 54).

En este punto, se vuelve trascendental la investigación cualitativa que permite reconstruir experiencias e interpretarlas. Al decir *cualitativa* no se lo hace sólo en el sentido de hacer preguntas abiertas o interrogar por ventajas y desventajas de las netbooks, sino en el sentido de diseñar una estrategia teórico-metodológica sensible a los diversos modos en que las netbooks se inscriben en la vida cotidiana de las y los jóvenes y sus familias: qué operaciones habilitan, qué sensaciones generan, cómo se alteran dinámicas del hogar y del tiempo libre, qué cambios promueven, pero también qué malestares despiertan. A continuación exploraremos algunas tramas de la dimensión simbólica del PCI a la luz de los hallazgos de nuestra investigación.

En primer lugar, la distribución gratuita de las netbooks contribuyó a desactivar la eficacia distintiva de las TIC en tanto mercancías signo. El relato de Natalia, estudiante de una escuela de Berisso, resulta revelador. Al preguntarle con qué valores asociaba la computadora, escogió «tener onda» y «pertenecer». Sin embargo, al explicar su asociación reflexionó que a partir de la llegada de las netbooks ya no funcionaba de esa manera.

N: «Tener onda», por tener una compu... Igual, ahora la mayoría tiene compu...

E: ¿Antes era tener onda tener una compu?

N: Y... por ahí sí. Igual, no sé si desde mi punto de vista. Más para la mayoría de las personas... era tener onda tener la compu... Antes, ya no... Y «pertenecer» capaz que es como tener onda, estás en el grupo que tienen compu... y esas cosas... Pero igual ahora ya es normal... (Natalia, 16 años, escuela beneficiaria de PCI).

Si antes el acceso a la computadora operaba como signo demarcatorio de clase y estatus, con la llegada del PCI la posesión de las netbooks se volvió «normal» y, por lo tanto, ineficaz en términos de distinción social.

En segundo lugar, el valor de símbolo del PCI se observa también en su contribución a ciertas formas de igualdad simbólica entre los jóvenes. Por ejemplo, mediante el estudio relevamos que las netbooks son utilizadas por los adolescentes de clases populares para pasar el tiempo en solitario en contextos de hogares con muchos habitantes: de este modo, la conectividad ofrecida por el artefacto supliría la ausencia de una habitación individual en cuanto espacio tan caro para los procesos de identificación juveniles. Pero, al mismo tiempo, las netbooks son apropiadas de manera colectiva para compartir momentos con la familia: retratar o filmar cumpleaños, editar y mirar videos y álbumes de fotos familiares en contextos donde faltan otros artefactos tecnológicos.

La netbook la uso en mi pieza. La de escritorio está en el comedor. Ahí están todos mirando qué hacés, qué no hacés, miran todo, te miran las fotos [...] Como no tenemos cámara, en los cumpleaños sacamos fotos con la netbook, después las pasamos a la otra computadora y mi mamá hace videos familiares... Y después los vemos en otras reuniones (Adrián, 15 años, escuela beneficiaria de PCI).

En tercer lugar, otro ámbito para indagar la dimensión simbólica del PCI reside en la adquisición de habilidades y competencias cuya distribución social resulta desigual y, por ende, su posesión opera como un resorte de distinción social. Así, mediante el abordaje cualitativo se detecta que la disponibilidad de las netbooks ha permitido el desarrollo de ciertas habilidades por vías no previstas —como la práctica del inglés a través de los chats— para chicos y chicas de clases populares.

Chateo bastante con amigos de la computadora, amigos virtuales que no conozco personalmente. Los que no conozco son como cuatrocientos, más los que conozco, otros doscientos. A veces te hablan en inglés. Yo le mando solicitudes porque a mí me interesa lo que pasa en el otro mundo. De tanto estar acá en Argentina, ya te re acostumbrás y te dan ganas de saber lo que pasa afuera. Por ejemplo, yo tengo una amiga en Estados Unidos. Ella me cuenta lo que pasa.

Me habla en inglés, yo lo copio en el traductor de Google. O yo le empiezo a hablar en castellano y ella lo traduce... La mayoría es en inglés y a mí me gusta (Ernesto, 16 años, escuela beneficiaria de PCI).

Por último, la dimensión simbólica del PCI puede observarse en los procesos de personalización que desarrollan los jóvenes. En el caso de los sectores más humildes, la netbook otorgada por el PCI es visualizada como algo propio, para uno solo, evidenciándose un fuerte sentido de pertenencia en relación a la misma que también ha sido observado en investigaciones desarrolladas por el Ministerio de Educación de la Nación (2012). Así, es muy común encontrar que, sobre las marcas que traen las computadoras indicando su origen estatal, las chicas y los chicos imprimen su personalidad mediante stickers y grafitis, tal como puede verse en la siguiente imagen.



Por ejemplo, Martín, estudiante de una escuela media de Berisso, intervino el logo que traía su netbook de manera tal que quedara la leyenda «Bob Marley, Presidencia de la Nación».

El año pasado nos juntábamos con unos compañeros que yo tenía e íbamos a andar en moto por el terraplén y nos sacábamos fotos, filmábamos y después lo subíamos al Facebook y todos comentaban... Estaba buenísimo. No subía todas las fotos, sólo algunas, las que salían buenas [...] También anoto frases de Bob Marley en la netbook, partes de canciones, las traduzco con el traductor de Google y después las subo al Facebook (Martín, 17 años, escuela beneficiaria de PCI).

De este modo, resulta interesante observar cómo sobre la simbolización propia del PCI se encabalgan nuevas simbolizaciones y personalizaciones como parte de la apropiación de las TIC por parte de las y los jóvenes. Entendemos que esta simbolización potenciada opera compitiendo contra la tendencia hegemónica de reducir las TIC a meras mercancías signo donde lo único que importa es la marca de la empresa capitalista. Desde ya, esto no quiere decir que se haya desarticulado la economía del valor de signo de las TIC, para nada: a lo largo de las entrevistas hemos podido detectar cómo el consumo de mercancías signo resulta fundamental para las identificaciones de estos jóvenes, quienes valoran y desean las últimas novedades del mercado tecnológico. Lo mismo puede decirse respecto de la tendencia masiva a participar, compartir información y entablar relaciones a través de programas y aplicaciones de redes sociales virtuales (como Facebook, Twitter, etcétera) pertenecientes a empresas capitalistas globales, como bien ha señalado Inés Dussel (2014). Sin embargo, puede afirmarse que el Estado ha insertado una cuña para nada despreciable dentro de esa economía. Obviamente se trata de una disputa, de una lucha en el plano de lo simbólico donde el Estado actúa en clara desventaja, quedando muchas batallas culturales por librar.

Las experiencias relatadas, si bien no resultan unidireccionales ni unívocas, en tanto la apropiación es por definición un campo signado por ambivalencias, claroscuros, tensiones, expectativas, ansiedades y decepciones, nos hablan de la importancia del PCI más allá de los resultados materiales más inmediatamente identificables y medibles. Es justamente por ello que las evaluaciones de las políticas de inclusión digital deben también tomar en consideración estos aspectos usualmente ignorados por los modelos canónicos de evaluación impuestos por las agencias y organismos internacionales. Para ello, es preciso complementar los estudios que miden la consecución de objetivos con estrategias cualitativas que recuperen la perspectiva de los actores tal como planteamos a continuación.

Conclusiones

Las evaluaciones obedecen a una racionalidad particular consistente en medir la eficacia y eficiencia de la política pública: ¿en qué medida se cumplieron o no los objetivos planteados y por qué razones? Esta racionalidad y su finalidad son legítimas y necesarias. Pero no hay que perder de vista que llevan intrínseca una operación veladora propia de la naturaleza etnocéntrica de dicha racionalidad. Evaluar las políticas únicamente en términos de éxito o de fracaso según el grado de eficacia en el cumplimiento de sus metas implica negar la existencia del desfase constitutivo entre el diseño y la recepción o la apropiación de las políticas públicas omitiendo la cadena de mediaciones que hacen imposible el cumplimiento lineal de aquellas metas. Por lo tanto, todas las experiencias que aparecen por fuera de la lógica de los objetivos pasan a ser categorizadas como «efectos no deseados, no esperados o no previstos» por el diseño, sin llegar a profundizarse en el complejo entramado donde ellas cobran sentido. Para las investigaciones cualitativas, el desafío debería ser comprender más que evaluar. Comprender qué tipo de realidad producen los actores y no cómo esto se distancia de lo esperado. De lo contrario, se deja afuera la experiencia de los sujetos, su comprensión de la realidad desde racionalidades y universos simbólicos diferentes al del diseño de la política, sus representaciones, trayectorias biográficas, relaciones precedentes con la tecnología en general y las TIC en particular.

En este punto, y más aun en el contexto político actual, donde la pervivencia del PCI —al menos tal como se lo conocía hasta ahora— se ve amenazada, es necesario reflexionar sobre la traducción política de los modelos evaluativos. Ninguna evaluación es neutral y, por lo tanto, sus recomendaciones tampoco, sino que siempre resultan prescriptivas. Ninguna evaluación, independientemente de su rigor metodológico, cuestiona su propia epistemología. Nada garantiza que sea imparcial: todas las evaluaciones miran algo y omiten otras dimensiones de la realidad. En este sentido, los ataques y descalificaciones sufridos por el PCI hay que interpretarlos como una defensa de privilegios sobre los que se sustenta y legitima la dominación. Es por ello que, más allá de la necesaria medición de la consecución de los objetivos, resulta imperioso entender cómo el PCI contribuye a reducir desigualdades de orden simbólico además de las brechas de acceso, habilidades y usos. La mejor respuesta para defender este tipo de políticas saldrá no de demostrar lo que debería pasar, sino de la comprensión de lo que pasa. Si posamos la mirada sobre esto, quizás podamos comprender que el PCI sea un «fracaso» de aquellos mecanismos de legitimación, y eso no es poca cosa. O, mejor dicho, fracasos como esos merecen ser elogiados. 🌞

Referencias bibliográficas

Benítez Larghi, S. (2004). La vuelta al mundo en ochenta bytes. En Wortman, A. (comp.). *Imágenes publicitarias / Nuevos Burgueses*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.

Benítez Larghi, S. (2010). La lucha desigual por la apropiación de las TIC en las Organizaciones de Trabajadores Desocupados [Tesis de Doctorado]. Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires.

Baudrillard, J. (1997). *Crítica de la economía política del signo*. México D.F., México: Siglo XXI.

De Nora, T. (2000). *Music in everyday life*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.

Dussel, I. (2014). Programas educativos de inclusión digital. Una reflexión desde la teoría del actor en red sobre la experiencia de Conectar Igualdad (Argentina). *Versión. Estudios de Comunicación y Política* (34).

Hine, C. (2004). *Etnografía virtual*. Barcelona, España: UOC.

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (2012). *Censo 2010 INDEC*. Buenos Aires, Argentina: INDEC.

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (2013). ENTIC 2012.

Ministerio de Educación de la Nación (2012). *Informe de alcances y resultados del Programa Conectar Igualdad 2011*. Buenos Aires, Argentina: mimeo.

Observatorio de la Deuda Social de la Infancia (2013). *Barómetro de la Deuda Social de la infancia*. Buenos Aires, Argentina: Universidad Católica Argentina.

Sistema de Información Cultural de la Argentina (2014). *Encuesta nacional de consumos culturales*. Buenos Aires, Argentina.

Winocur, R. (2009). *Robinson Crusoe ya tiene celular: la conexión como espacio de control de la incertidumbre*. México D. F., México: Siglo XXI.

Notas

1 Ver por ejemplo la entrevista realizada a Alejandro Artopoulos en el diario *La Nación* el 11 de junio de 2015 titulada: «Alejandro Artopoulos: “El programa Conectar Igualdad fue un fracaso”». Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/1800650-alejandro-artopoulos-el-programa-conectar-igualdad-fue-un-fracaso>

2 Investigación enmarcada en los Proyectos de Investigación PICT 2011 1639 «Juventud, TIC y desigualdades» (financiado por la Agencia Nacional de Ciencia y Tecnología), y PIP 0756 «TIC, Juventudes y experiencias de tiempo y espacio en el marco del Programa Conectar Igualdad en La Plata y Gran La Plata» (financiado por el CONICET).